

ABOGADO DE LA BIBLIA



REVISTA TRIMESTRAL JULIO - SEPTIEMBRE • 2018 / AÑO 63 / NÚMERO 3

Solo Dios es Santo

**Sed santos porque
Yo soy Santo**

**La santificación por
medio del Espíritu Santo**

Frutos de la santidad

Santidad en comunidad



No hacer el bien
es ya «hacer el mal»

El santo templo
de Dios



DIRECTORIO

Consejo Editorial

Isaias Molina Pimentel
Director

Editor

Ezra Viveros Soto



La Verdad Presente
«Agencia Editorial»

editorial@iglesia7d.org.mx

Dirección

Josué García Licona

Asistente editorial

Ana Guerrero Martínez

Diseño gráfico

Jairo Beiza Alvarado

Distribución

Ricardo Alejandro Velazco López
Karina Hernández Frago

Comunicación Digital

Abraham Rosas Milian



 **Iglesia de Dios** (7 día) A.R.

ABOGADO DE LA BIBLIA. Año 63 Número 3, julio-septiembre 2018, es una publicación trimestral editada por la Iglesia de Dios (7^o día) A.R., Av. Universidad No. 205 Col. Buenavista C. P. 62130, Cuernavaca, Mor. Tel. 01(777)102 01 30 al 32. Correo electrónico: editoriale@iglesia7d.org.mx Página Web: <http://www.iglesia7d.org.mx> Editor responsable: Raúl López Espinoza. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo 04-2013-100812250500-102. ISSN: 0156-5781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Permiso SEPOMEX en trámite. Impreso por José Daniel Saldaña Olvera. Boulevard del Lago 4219, Manzana 19, Lote 2A Real del Valle, Acolman, Edo. de México, C.P. 55885. Se terminó de imprimir el 10 de junio de 2018, con un tiraje de 2 900 ejemplares. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de la publicación sin previa autorización de la Iglesia de Dios (7^o día) Asociación Religiosa.

La santidad del creyente es una de las preocupaciones más relevantes y frecuentes en la vida de nuestra iglesia. Existe un ferviente deseo de vivir en santidad, apelando continuamente a la conciencia de la iglesia para lograrlo, utilizando el ministerio de la palabra y la mutua exhortación entre hermanos.



Ningún tema atrae tanto nuestra atención al saber que, en Cristo, los cristianos somos realmente «hombres nuevos», «nuevas criaturas» (Efesios 2:15; 2 Corintios 5:17), «hombres celestiales» (1 Corintios 15:45-46), «nacidos de Dios», «nacidos de lo alto», «nacidos del Espíritu» (Juan 1:13; 3:3-8). Es el nacimiento lo que nos da la naturaleza. Nosotros, en Cristo y en la Iglesia, por el agua (bautismo) y el Espíritu, nacimos una segunda vez del Padre divino, y de Él recibimos una participación en la naturaleza divina (1 Pedro 1:4).

La santificación obrada por la gracia de Cristo, no produce en el hombre un cambio accidental (como el hombre que al sacarse la lotería se enriquece, pero sigue siendo el mismo). No es algo que afecte sólo al obrar (el alcohólico que se hace sobrio), sino que es ante todo una transformación que afecta al mismo ser del hombre, a su naturaleza¹. De ahí la relevancia de comprenderla a cabalidad, en la mayor amplitud posible y en la profundidad necesaria, de tal suerte que, nuestra vida sea en consecuencia una vida de mayor santidad.

Ningún humanismo autónomo puede producir realmente un «hombre nuevo», sólo la gracia de Dios obrando por medio de Jesucristo y en virtud de la regeneración y santificación del Espíritu Santo.

Una vida santa para relacionarnos con un Dios Santo. Insertos en la vida de una iglesia santificada que se nutre del Espíritu Santo para su crecimiento y desarrollo. Que proclama la santidad de Dios, expresada concretamente en su amor en Cristo y a la creación toda. Esta es la proclamación que cobra forma en la predicación y consecuentemente en la vida ética de la iglesia que llega a ser testimonio del amor de Dios para la acción. En última instancia, ésta es la intención de las reflexiones de este número que esperamos sea de bendición, para todos nuestros hermanos en la fe.

El editor
Min. Ezra Viveros Soto



¹ M. Guerra, Antropologías y teología, Pamplona, Universidad de Navarra, España, 1976.

CONTENIDO

SECCIONES

LA PALABRA ENTRE NOSOTROS – Artículos de Biblia, Teología y Pastoral

SOLO DIOS ES SANTO 2

SED SANTOS PORQUE YO SOY SANTO 5

LA SANTIFICACIÓN POR MEDIO DEL ESPÍRITU SANTO 9

UNA LUZ EN EL CAMINO – Temas de Actualidad

FRUTOS DE LA SANTIDAD 12

SANTIDAD EN COMUNIDAD 14

SIGUIENDO SUS HUELLAS – Vida Cristiana

NO HACER EL BIEN ES YA HACER EL MAL 18

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

RAZÓN DE NUESTRA FE

EL SANTO TEMPLO DE DIOS 21

SOLO DIOS ES SANTO

La palabra santidad -en hebreo, *qodesh*- significa separación, distinción, trascendencia y, en consecuencia, magnificencia, grandeza, excelsitud. Al calificar a Dios como el Santo, la Escritura afirma su diferenciación absoluta respecto de todo lo creado, su distinción frente a todo lo que implique no sólo pecado o impureza, sino también imperfección o límite y, por tanto, la plenitud de su ser, la total riqueza e intensidad de su existir, su condición esencial.

La Escritura afirma reiteradas veces que la santidad, esa condición espiritual, majestuosa y eterna, es exclusiva de Dios. Además, tiene los rasgos propios y unívocos de la naturaleza divina. Dios es santo, sólo Él es santo (Levítico 11:44; 19:2; 20:26; 21:8; Isaías 6:3; 40:25; Salmo 98). Esta es una verdad incontrovertible para la fe bíblica.

No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y no hay refugio como el Dios nuestro (1 Samuel 2:2, RV60).

Es evidente que la santidad es sobrenatural y, por tanto, sobrehumana. Excede, no sólo la posibilidad humana de obrar, es decir, de intentar por algún medio humano adquirirla sino la misma posibilidad de su ser, en tanto que el ser humano es imperfecto y finito. Todas las criaturas, el hombre entre ellas, aparecen en la Biblia como lo no-santo (Job 4:17; 15:14; 25:4-6) en oposición al Santo.

Ahora bien, esa diferenciación radical de la esencia de Dios respecto de todo lo creado, se manifiesta de forma clara en el otro atributo esencial de Dios, el amor. En Jesucristo el amor de la divinidad llega a un extremo de perfección tal, que lo distingue de todo lo creado; nadie puede amar como Dios ama. Nadie puede amar tanto, ni tan perfectamente, como Dios. Visto así, queda exhibido el hombre mismo como

un ser que necesita del acto santificador de Dios para poder amar aproximativamente a la manera como Dios lo hace, porque por sus propios medios es incapaz de hacerlo. Por consecuencia, solo el Dios Santo puede santificar al hombre, que es su imagen, haciéndole participar por gracia de la vida divina.

Santidad dinámica

Esto nos conduce a otra idea revelada fundamental. Esta cualidad ontológica, es decir, de su ser, no lo restringe o limita. Su santidad no es estática sino dinámica. Si Dios está en plena trascendencia debería estar alejado de todo lo creado (lo inmanente), prácticamente sin comunicación con el mundo. Como el Dios del Teísmo. Sin embargo, lo que testifica la Revelación y constituye el núcleo esencial del mensaje del evangelio es que el Dios, tres veces santo, se ha hecho presente en la historia y ha entrado en relación con los hombres por amor.

La santidad es cualidad dinámica que, fluyendo del ser divino, se comunica a la criatura. Es Dios actuando en el ser humano y en su creación. La santificación es la cualidad de los seres o realidades en los que Dios se ha hecho presente a lo largo de la historia humana. Así, Dios concede su cualidad de Santo a diversas instituciones en el Antiguo Testamento (El Templo, Salmo 5:7; el Sábado, Éxodo 35:2) e incluso a un pueblo, al mismo Israel (Éxodo 19:6). Esto no implica que aquello a lo que Dios concede su cualidad de Santo, lo sea en sí o por sí mismo; pues esto siempre es un don de gracia divina y, lo es, en tanto que la soberanía de Dios y su amor así lo disponen.

Esta comunicación de Dios llegó a su culmen (clímax) en Jesús de Nazaret. Jesús, como declara el evangelio de Juan, es el Hijo al que el Padre santificó y envió al mundo (Juan 10:36). *Lleno del Espíritu Santo* (Lucas 4:1), realizó con hechos y palabras, con una obediencia llevada hasta la muerte, la voluntad del Padre. Jesús es el santo entre los hom-

bres (Lucas 1:35; 4:1). Él es el «santo siervo de Dios» (Hechos 3:14s; 4:27, 30). Los hombres ante Jesús –como Isaías ante el Santo– conocen su condición de pecadores (Isaías 6:3-6; Lucas 5:8). Resucitado y glorificado según el espíritu de santidad (ver Romanos 1:4), puede ser designado como «el Santo» (ver Hechos 3:14; Apocalipsis 3:7), aplicándole la expresión que el Antiguo Testamento reservaba a Dios, ya que en Él habita la plenitud de la divinidad.

Santificados en Cristo

Esa santidad, que desde Dios el Padre se derrama en Cristo, se extiende a partir de Él a toda la humanidad. Constituido primogénito de la creación entera, incluido el género humano y cabeza de la Iglesia, Cristo santifica «en verdad» –es decir, real y verdaderamente– a quienes por la fe se unen a Él (Juan 17:19). Cristo es el que santifica a los hombres, por su pasión y resurrección, por su ascensión y por la comunicación

**No hay santo como Jehová;
porque no hay ninguno fuera
de ti, y no hay refugio como
el Dios nuestro (1 Samuel 2:2)**



del Espíritu Santo. El cristiano, ha sido «santificado en Cristo Jesús» (I Corintios 1:2). Ahora los cristianos somos santos porque tenemos «la unción del Santo» (1 Juan 2:20; Lucas 3:16; Hechos 1:5; 1 Corintios 1:2; 6:19).


Se trata ante todo, está claro, de una santificación que afecta al ser (ontológica); pero es ésta justamente la que hace posible y exige una santificación moral, la que afecta al obrar: «Sed santos, porque yo soy santo» (Levítico 19:3; 1 Pedro 1:16; 1 Juan 3:3). El nuevo ser pide un nuevo obrar. «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Tesalonicenses 4:3; 2 Corintios 7:1; Apocalipsis 22:11).

El cristiano ha de saberse objeto de una elección o llamada que le exige romper con el pecado y vivir de acuerdo «con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios» (2 Corintios 1:12; Romanos 6:19), dando así, con su existencia concreta, prueba de la realidad de la gracia, de la autenticidad de la comunión con Dios y con los demás, hecha posible por Cristo.

La santidad del creyente es exigencia no sólo en razón de la manifestación de la gloria de Dios, sino primordialmente, en razón de la necesidad relacional de Dios que es amor. Para relacionarse necesita hacerlo con aquello que le es idéntico en su ser, lo santo. La santi-

ficación, vista así, es otro signo de la maravillosa gracia de Dios. Nos comparte su cualidad esencial para que seamos capaces de relacionarnos con Él.

«Sed Santos porque Yo soy Santo» implica el único camino para poder relacionarnos con Dios, mantener la cualidad del don concedido. De este modo, la vida en santidad no es experimentada como una carga, mucho menos como una vía penitencial, sino como una respuesta amorosa del creyente a la gracia de Dios. Queremos ser Santos porque Él es Santo y, sólo así podemos tener parte con Él. Que así sea.



Pues Dios nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestras propias obras, sino por su propia determinación y gracia. Nos concedió este favor en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo (2 Timoteo 1:9, NVI).

SED SANTOS PORQUE YO SOY SANTO

LA SANTIDAD COMO VÍA DE RELACIÓN CON DIOS

«Cara a cara, ¡cuán glorioso,
ha de ser con Él vivir!
Ver el rostro de quien quiso,
nuestras almas redimir».

La vida cristiana tiene como una de sus principales motivaciones la «visión de futuro», la esperanza de ver la manifestación gloriosa y en plenitud de todas las promesas del Señor. La cuarta estrofa del Himno, «En presencia estar de Cristo» nos hace recordar tal esperanza. Pero, para todo creyente, aún más importante que ver aquella manifestación, es la esperanza indescriptible de encontrarse con el Señor de manera directa, sin mediaciones o barreras: «cara a cara» (1 Corintios 13:12). Es esta visión de futuro la que da una fuerza única al discípulo de Cristo, fuerza que proviene de la «resurrección de Jesucristo de entre los muertos», la cual hace posible dos cosas, según 1 Pedro 1:3:

- 1) Que hayamos renacido (experimentado la nueva vida)
- 2) Que tengamos una esperanza viva.

La primera carta de Pedro tiene un estilo que hace pensar en ella como un manual escrito para nuevos creyentes; aunque está dirigida a los expatriados, por su contenido, no podemos suponer que se refiera a los judíos que fueron expulsados de Jerusalén y que en ese momento vivían dispersos, sino más bien a los discípulos de Jesús, que a partir de que su fe ha sido depositada en Él, se consideran personas cuya patria ya no está en la tierra. También, y por supuesto, a los cristianos que viven dispersos por causa de las persecuciones (vv. 6 y 7). ¿Cómo puede soportar la persecución una persona con una fe incipiente en el resucitado?

En esta hermosa carta, Pedro realiza un acercamiento pastoral a los que sufren persecución por causa de su fe en Jesucristo, les hace recordar diversas verdades acerca de la fe con el propósito de darles fortaleza y alimentar su esperanza para que estén firmes:

1. Hemos nacido de nuevo, experimentamos la nueva vida a partir de un nuevo comienzo (v. 3).
2. Tenemos una esperanza viva (v. 3).
3. Tenemos una herencia incorruptible (v. 4).
 - a. Inmarcesible.
 - b. Incontaminada.
 - c. Está reservada en los cielos para nosotros.
4. Somos guardados por el poder de Dios mediante la fe (v. 5).
5. Alcanzaremos la salvación que Dios ha preparado y que se manifestará en los tiempos postreros.
6. Esta esperanza produce gozo (v. 6).
7. Tal vez, necesitamos ser probados pues la fe es muy valiosa.
8. Las persecuciones y las aflicciones son:
 - a. Pruebas para fe
 - b. temporales
 - c. a veces necesarias
 - d. su propósito es purificar la fe (v. 7)
 - e. esta prueba tiene como sentido el encuentro con Jesucristo.

En el desarrollo de los argumentos, el apóstol se detiene en este último punto, parece que la fuerza más segura que tiene el creyente es, precisamente, el encuentro con Jesucristo, deseo que surge en el amor: **a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso** (v. 8).

El motor que dinamiza nuestra vida es el amor a nuestro Salvador, amor que se verá satisfecho y anhelo que se verá realizado en el momento de encontrar-



nos con Él, «cara a cara»; anhelo que desearon conocer los profetas y aún comparten los mismos ángeles, pero que nos ha sido revelado y otorgado a nosotros (vv. 10-12).

Al llegar al versículo 13, Pedro pasa de presentar las verdades que fortalecen la fe, a la verdad que anima nuestra vida aquí y ahora: la exhortación a la santidad.


La expresión «por tanto», es concluyente; equivale a decir: «con base en todo lo anterior, entonces...».

1. *Ceñid los lomos de vuestro entendimiento*; es decir, estén preparados para usar esta forma de pensar.
2. *Sed sobrios*; es decir: sean libres de influencias ajenas a la fe.
3. *Esperad por completo*; es decir: pongan sin reservas su esperanza en Dios.

Así, esta conclusión une al motor de la esperanza con el motor de la vida: *Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir* (1 Pedro 1:14-15).

El motor que dinamiza al creyente para que viva en santidad, es la relación con el Padre y con el Hijo.

Pedro nos recuerda que la base de toda exhortación a la santificación es nuestra condición como hijos, punto de partida para la obediencia y la vida en santidad, el verso 17 lo enfatiza: *y si invocáis como Padre...*



El motor que dinamiza nuestra vida es el amor a nuestro Salvador, amor que se verá satisfecho y anhelo que se verá realizado en el momento de encontrarnos con Él, «cara a cara».

En el Antiguo Testamento (como está escrito v. 16), se escuchó la misma expresión: *Santificaos, pues, y sed santos, porque yo Jehová soy vuestro Dios* (Levítico 19:2; 20:7, 26). Pero, el contexto en el que se dijo fue diferente; el libro de Levítico ordenaba la vida del pueblo de Israel en función del culto y del sacerdocio. Las razones que estaban detrás de la exhortación estribaban en que Dios se hacía presente en medio de su pueblo y se revelaba en el tabernáculo. Por tanto, había que temer su presencia y cuidar que la comunidad se mantuviera al nivel de la exigencia. Era el temor a la presencia del Dios Santo, la que motivaba la encomienda. El sacerdocio se centraba en el cuidado de la santidad del templo y de la comunidad. Todo lo que estuviera alrededor de la tienda del encuentro debía ser santificado ante la

presencia del Dios de Israel. Él los había apartado del resto de los pueblos, los cuales eran considerados inmundos (Levítico 20:25). En los capítulos 19 y 20, se hace un marcado énfasis en esta exhortación y se dieron una serie de leyes encaminadas a marcar la diferencia en la conducta y pureza ritual; entre Israel y el resto de las naciones.

La lectura que se hace de estas exhortaciones, a partir de la revelación de Jesucristo, tiene un motor diferente, se hace un giro en las razones de la santidad; no es la relación con el culto o el santuario, no tiene que ver con marcar una diferencia con los pueblos vecinos sino la relación con Dios.

La razón por la que el pueblo de Dios es llamado a la santidad reposa sobre la nueva relación con Dios que se hace posible en Jesucristo. Dios es

un Padre santo y en consecuencia sus hijos, los cuales están íntimamente relacionados con Él, también son (o deberían ser) santos.

1. La santidad se realiza en razón de la nueva vida.

Nos hizo renacer... Somos llamados a santidad porque es lo más natural de la nueva vida. La santidad es un impulso que proviene de haber renacido en Cristo Jesús. La antigua vida está definida por la debilidad de la carne, en cambio la nueva vida se distingue por la fortaleza de la vida en el Espíritu. Nuevamente es evidente que la santidad es posible por la relación. El Espíritu de Dios nos anhela celosamente (Santiago 4:5). De la misma manera que un recién nacido anhela caminar, crece de manera consistente y madura de manera natural; la nueva vida que hemos recibido, tiene como camino de desarrollo la santidad. Es la nueva vida que proviene del Padre, que ha sido revelada por el Hijo y se hace posible por el Espíritu Santo, la fuerza motora que le hace merecer el adjetivo de «nueva». Es nueva porque se diferencia de la manera anterior de vivir (v. 14), que se conformaba a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia.

2. La santidad se realiza en razón de la esperanza viva.

Sin haberle visto... Juan dice en su primera carta: *y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro* (3:3). La santificación es también el resultado del anhelo del encuentro con Dios. «Cara a cara espero verle». Nuestro corazón arde, se inflama por el anhelo de aquel día en el que nos veremos con el Señor; así, anhelamos ese

La santidad se refleja en la relación con Dios y la solidaridad con el prójimo. Así que seamos santos como nuestro Dios es santo.

encuentro en términos de «iguales», de «correspondientes». Cara a cara no significa sólo «frente a frente» sino «igual a igual», encuentro de «relativos». Para eso, esperamos la transformación de nuestro cuerpo, pero también de nuestro carácter, de nuestra mente y voluntad; ser como Cristo, ser hallados en Él, en un encuentro, en una unión plena con el que nos salvó. La santificación no queda al nivel de una exigencia o un mandato, es un anhelo de quien espera, el deseo poderoso de quien se prepara para el encuentro con su Señor: *a quien amáis sin haberle visto* (y se anhela ver cara a cara).

3. La santidad se realiza en razón del amor de Dios y el amor a Dios.

A quien amáis... No es el temor ante el encuentro con Dios lo que motiva a la santificación, ese temor pertenece sólo a los incrédulos, Juan dice en su primera carta: *en esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo* (1 Juan 4:17). Esperamos el día del encuentro con el amoroso Señor que nos salvó, no con el Juez implacable, sino con el Dios que está trabajando en nuestras vidas para que como Él es, seamos nosotros en este mundo. Nos distinguimos por el amor, eso es lo que hace de nosotros personas santas.

Seguimos el ejemplo de nuestro Maestro, quien se acercó a los pecadores para manifestarles el amor del Padre. Jesús no expresó la santidad al estilo de los maestros de la ley, quienes encarnaban a aquellos que criticó duramente el profeta Isaías, cuando escribió: *que dicen: Estáte en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú; éstos son humo en mi furor, fuego que arde todo el día* (Isaías 65:5). Nuestro Maestro nunca actuó así, en lugar de apartarse o pedir que se apartaran, se acercó, se hizo prójimo, salió a su encuentro, como pastor dejó a sus noventa y nueve para ir a buscar a la descarriada; como médico se acercó a los enfermos, no se negó a ser tocado por los leprosos, al contrario, Él mismo hizo contacto con ellos, tocó al enfermo, al impuro, al pecador, al marginado, y a muchos más. Su amor los atrajo hacia el Padre, transformó sus vidas, sanó sus heridas, les dio un lugar en su mesa, los hizo participantes de sus promesas, los llenó de esperanza, y fue precisamente su amor lo que evidenció su santidad, fue su amor lo que mostró que era diferente, fue su amor y sólo su amor lo que le hizo alguien apartado por Dios para su servicio a la humanidad necesitada. Así somos nosotros en el mundo, la santificación es una identificación con el amor del Padre. No es la actitud del narcisista que al saberse amado «ocupa el centro del universo»; sino del amante que se quita del centro para que lo ocupen los más necesitados, los menos afortunados, los más alejados de Dios. Así, como Él es, somos nosotros en el mundo. Somos como Él porque nos amó; somos como Él porque le amamos.

4. La santidad se realiza en razón de la paternidad de Dios y nuestra condición de ser hijos suyos.

Como hijos... si invocáis por Padre a aquel... La santidad se refleja en una vida diferente. El parámetro de comparación no son las gentes o los otros pueblos sino una manera de vivir que teníamos nosotros y el carácter de Dios. La santificación se realiza gracias a nuestra identificación con el Padre y la acción del Hijo, más que al deseo equivocado de querer ser diferente a los demás o de establecer nuestra diferencia con el mundo. La santificación se nutre en la intención firme del hijo, que tiene en su Padre y en Jesucristo al mejor modelo, del deseo imperioso de estar a su altura, de tener su fortaleza, de adquirir su inteligencia, de ejercitarse en su sabiduría, de reflejar su madurez y su capacidad de proteger a otros. Es una necedad nuestra medirnos con el prójimo, poner como parámetro de diferenciación al «pecador» (como si nosotros no lo fuéramos). Es incluso peligroso hacer esta comparación, porque corremos el riesgo de constituirnos en jueces, de volvernos arrogantes, de alimentar nuestra soberbia o elevar nuestro orgullo y jactancia. Ante el Señor, siempre estaremos carentes, dependientes y necesitados. Tomarlo a Él como aspiración, provocará en nosotros humildad, gratitud y una constante búsqueda de su presencia, pero sobre todo, nos hermanará con nuestro prójimo. La santidad se refleja en la relación con Dios y la solidaridad con el prójimo. Así que, seamos santos, como nuestro Dios es Santo.

Mas nosotros debemos dar siempre gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salud, por la santificación por el Espíritu y la fe de la verdad (2 Tesalonicenses 2:13).

Ya se ha dicho que santificación, en el término original, se refiere a algo que ha sido separado o consagrado a Dios. Y cabe entonces la pregunta, ¿separado de qué? Y la respuesta necesaria, separado del pecado para servir a Dios.

En el llamado de Dios a la santidad, la Biblia pone como referente ineludible la santidad de Dios, de hecho, Santo es uno de los nombres con que se describe a Dios (2 Reyes 19:22; Salmo 89:18; Isaías 5:19, 24; 10:20; 12:6; 29:19; 30:12; 30:15; 37:23; 41:14, 16, 20; 43:3, 14; 45:11). A Jesús también se le menciona como «El Santo de Dios» (Marcos 1:24; Lucas 4:34).

La santidad es parte del carácter de Dios. En la visión del profeta Isaías, este escucha las voces de los serafines que decían el uno al otro: *Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria* (Isaías 6:3). Es la misma adoración de los cuatro seres vivientes en la revelación de Juan: *...y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir* (Apocalipsis 4:8, RV60). De acuerdo a este atributo que tiene Dios, Él nos llama a que seamos santos en todas las áreas de nuestra vida. *Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos; porque yo soy santo* (1 Pedro 1:15-16, RV60).

En la cita anterior, el apóstol Pedro escribe que Dios nos llama a reflejar su carácter santo, pero ante este llamado, nos damos cuenta de que, como seres humanos, tenemos un grave problema: Nosotros, por nosotros mismos, no somos santos y, como no podemos encontrar la santidad en nosotros mismos, nos preguntamos ¿Quién realizará la santidad en nosotros y cómo lo hará? La respuesta está en Dios pues ha enviado a su Santo Espíritu para que nuestras vidas sean transformadas por su poder.

El Espíritu Santo como santificador de nuestras vidas

Nosotros, en cambio siempre debemos dar gracias a Dios por ustedes; hermanos amados por el Señor, porque desde el principio Dios los escogió para ser salvos, mediante la obra santificadora del Espíritu y la fe que tienen en la verdad (2 Tesalonicenses 2:13, NVI). Como podemos ver en este texto, el que realiza la obra santificadora es el Espíritu Santo.

El Espíritu inicia su obra sellando las vidas de aquellos que, oyendo la palabra de verdad, creen en el evangelio de salvación.

En el cual esperasteis también vosotros en oyendo la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salud: en el cual también desde que creísteis, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Efesios 1:13).

LA SANTIFICACIÓN POR MEDIO DEL ESPIRITU SANTO

El Espíritu Santo no solo nos sella como propiedad de Dios, sino que nos hace nacer de nuevo

De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios –dijo Jesús. ¿Cómo puede uno nacer de nuevo siendo ya viejo? –Preguntó Nicodemo. –¿Acaso puede entrar por segunda vez en el vientre de su madre y volver a nacer? –Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios –respondió Jesús– (Juan 3:3-5, NVI).

El nuevo nacimiento es la obra santificadora del Espíritu Santo. Esta obra es inmediata, ya que limpia nuestras vidas con la Sangre de Jesucristo. Esta es una obra de regeneración instantánea que solo Dios puede hacer, porque nadie puede limpiarse a sí mismo de sus pecados. Por ello, el apóstol Pablo refiere que, antes de haber conocido a Cristo, estábamos muertos en delitos y pecados. *Y de ella recibisteis vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados (Efesios 2:1).* Sin la regeneración o nuevo nacimiento, el hombre depravado por naturaleza, es un cadáver espiritual. Ante esta realidad, el muerto no requiere que se le cure poniéndole parches, untándole una pomada o administrándole un medicamento, porque no se trata de un enfermo, sino de un muerto. ¡Sí, un muerto espiritual! Por ello, requiere una nueva naturaleza, y para ello se necesita que «nazca de nuevo».

Nacer de nuevo tiene que ver con los siguientes puntos: 1. Ser compungido (apenado y afligido) en el corazón. 2. Oír la Buena Nueva: «Jesucristo murió en la cruz por nuestros pecados». 3. Debe operar en él un sincero arrepentimiento de los pecados cometidos. 4. Hacer

pública su fe a través del Bautismo en el nombre de Jesucristo. 5. Como resultado recibirá el perdón de sus pecados. 6. Y el don del Espíritu Santo. Esto está referido, en el primer sermón del apóstol Pedro, dirigido a aquellos judíos que asistían a celebrar la fiesta de Pentecostés, cuando dijo: *Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hechos 2:36-38).*

La Santidad es Posicional

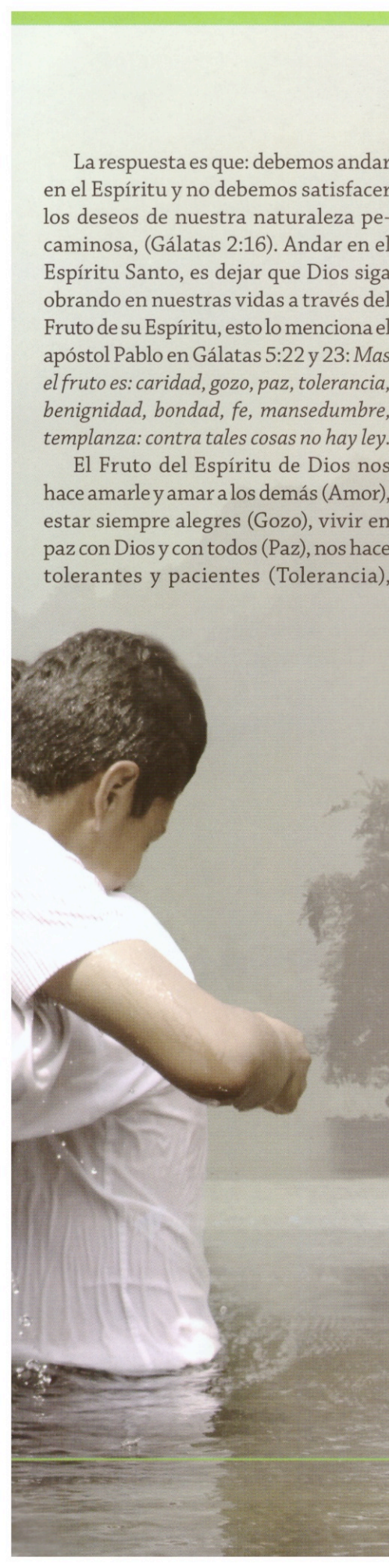
Al ser perdonados por la acción redentora de Jesucristo y recibir el Espíritu Santo, la vida del creyente es santificada de manera instantánea. A esta santidad instantánea se le llama Santidad Posicional, ya que somos justificados por la gracia mediante la fe en Jesucristo, y esta santificación es la posición que Dios da al creyente, por haberle separado de la esclavitud del pecado, para servir a Jesucristo. Es por ello que el apóstol Pablo, cuando escribe en sus epístolas, se dirige a los miembros de una iglesia local, llamándoles Santos. Desde luego que no lo hacía porque habían alcanzado la perfección, sino porque habían sido lavados en la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios. *Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo el hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto, juntamente con todos los santos que están por toda la Acaya (2 Corintios 1:1).* Como podemos ver en este texto, todo creyente es considerado parte del grupo de los «Santos», no porque ya hayan alcanzado

la perfección, insistimos, sino porque han sido separados del pecado para servir a Dios.

La Santidad también es Progresiva o Gradual

Aunque el creyente haya sido regenerado, esto no implica la ausencia de la naturaleza pecaminosa en su vida, esta sigue allí. Entonces surgen estas preguntas: ¿Cómo vencer a esta naturaleza? ¿Cómo se puede superar la ira, la envidia, los deseos pecaminosos y demás obras de la carne detalladas en Gálatas 5:19-21?





La respuesta es que: debemos andar en el Espíritu y no debemos satisfacer los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa, (Gálatas 2:16). Andar en el Espíritu Santo, es dejar que Dios siga obrando en nuestras vidas a través del Fruto de su Espíritu, esto lo menciona el apóstol Pablo en Gálatas 5:22 y 23: *Mas el fruto es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley.*

El Fruto del Espíritu de Dios nos hace amarle y amar a los demás (Amor), estar siempre alegres (Gozo), vivir en paz con Dios y con todos (Paz), nos hace tolerantes y pacientes (Tolerancia),

amables (Benignidad), tratar bien a los demás (Bondad), tener siempre confianza en Dios (Fe), ser humildes y sencillos (Mansedumbre) y saber controlar nuestros deseos (Templanza). En lo natural, las frutas salen de los árboles, porque está en su naturaleza, de la misma manera, estas virtudes fructifican en la vida del creyente por la acción del Espíritu Santo en él. A esta etapa de la vida cristiana se le conoce como Santificación Progresiva o Gradual, ya que todo creyente está en el proceso de crecimiento espiritual, donde necesita a Dios todo el tiempo.

Cada creyente debe tener el deseo de cuidar su vida espiritual, ya que la Palabra de Dios le amonesta a abstenerse de las cosas que lo llevan al pecado. En lugar de dar pie a cometer un pecado, es mejor buscar ser lleno del Espíritu Santo. Efesios 5:15-18 (NVI), dice: *Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos. Por tanto, no sean insensatos, sino entiendan cuál es la voluntad del Señor. No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu.*

Aunque la santificación es obra del Espíritu Santo, no debemos pensar de la siguiente forma: «Como es el Espíritu Santo el que obra en mi vida, entonces yo no debo hacer nada». Quien piensa así está equivocado, pues la santificación progresiva es el resultado del trabajo primario del Espíritu de Dios y complementario del creyente, que colabora activamente; esto se evidencia con los siguientes pasajes bíblicos:

Así que, amados, pues tenemos tales promesas, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santificación en temor de Dios (2 Corintios 7:1).

Al ser perdonados por la acción redentora de Jesucristo y recibir el Espíritu Santo, la vida del creyente es santificada de manera instantánea.

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto. Y no os conforméis a este siglo; mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Romanos 12:1-2).

Conclusión: El Espíritu Santo hace nacer al creyente a la vida nueva que viene de Dios y le sustenta en ella. Esta vida nueva es un milagro de Dios que demanda del creyente su disposición a la influencia del Espíritu Santo, para andar en Él; que se traduce en una vida activa, responsable y anhelante de la llenura de Su Santo Espíritu.

Bibliografía:

- Fundamento Doctrinal. Iglesia de Dios (7° día), febrero 2017.
- John C. Ryle, «Santidad». Editorial Peregrino, 2010.
- Leo J. Trese, «El Espíritu Santo y su tarea». Editorial Rialp, 2011.
- John R. W. Stott, «Sed llenos del Espíritu Santo». Editorial Caribe, 1967.
- Gerard Blocha y Philippe Gruson, «El Espíritu Santo en la Biblia».
- SBU (2000) La Santa Biblia Antiguo y Nuevo Testamento. (Versión Reina-Valera 1909). Corea: Sociedades Bíblicas Unidas.
- La Santa Biblia (2000). Corea: Sociedades Bíblicas Unidas (Versión Reina-Valera 1960).
- SBU (1999) La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional. Sociedades Bíblicas Unidas.

Y que el mismo Dios de paz, os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo (1 Tesalonicenses 5:23).

Como un padre que ama a sus hijos, al momento de despedirse de ellos, les entrega sus mejores consejos y más grandes recomendaciones; así lo hace el Apóstol Pablo con los primeros destinatarios de Tesalónica y, por ser Palabra de Dios, en un segundo momento, lo hace también con todos nosotros.

Breves datos sobre el contexto histórico

La carta a Tesalónica es reconocida como la primera escrita por Pablo, se ubica alrededor del año 50 de la era cristiana y, va dirigida a una comunidad que el mismo Apóstol había fundado, esto lo sabemos por el Libro de los Hechos de los Apóstoles, justamente en el primer viaje misionero. Después del escape de Pablo y Bernabé de la ciudad

de Filipos, donde habían sido encarcelados por predicar el evangelio, ambos partieron a Tesalónica, donde se funda la iglesia; a la cual, tan pronto como fue posible, Pablo envía con Timoteo esta primera carta, con el vivo deseo de confirmar la fe de los creyentes (1 Tesalonicenses 3:1-2)

Entre las iglesias que recibieron cartas del Apóstol Pablo, la de Tesalónica merece distinción y reconocimiento, debido a su entrega al evangelio de

FRUTOS DE LA SANTIDAD





Cristo; no por nada, Pablo la pone como ejemplo para otras congregaciones a las que también escribió.

Una Iglesia ejemplar

En tal manera que habéis sido ejemplo a todos los que han creído en Macedonia y en Acaya (1:7).

Una Iglesia evangelizadora

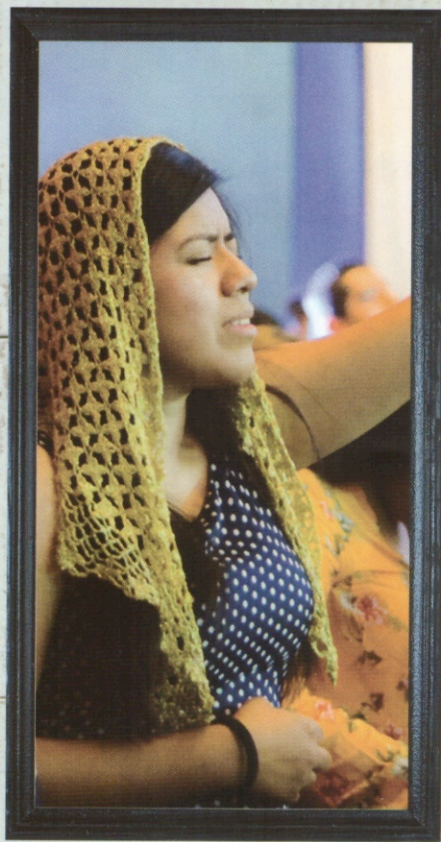
Y vosotros fuisteis hechos imitadores de nosotros, y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo: Porque de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor no sólo en Macedonia y en Acaya, más aun en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido; de modo que no tenemos necesidad de hablar nada (1:6, 8).

Una Iglesia bien convertida

Y como os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero Y, esperar a su Hijo de los cielos, el cual resucitó de los muertos; a Jesús, el cual nos libró de la ira que ha de venir (1:9b-10).

Una Iglesia en comunión

Mas acerca de la caridad fraterna no habéis menester que os escriba; porque vosotros



mismos habéis aprendido de Dios que os améis los unos a los otros (4:9).

Una Iglesia conocedora de profecía

Empero acerca de los tiempos y de los momentos, no tenéis, hermanos, necesidad de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis bien, que el día del Señor vendrá, así como ladrón de noche (5:1-2).

La Santidad, el gran desafío

No obstante, todas las buenas cosas que Pablo reconoce de la iglesia en Tesalónica, ésta aún no ha llegado a ser todo lo que Dios espera de ella. Por tanto, el apóstol les exhorta a someterse por completo a la voluntad de Dios en el ámbito de la santificación, para alcanzar todas las maravillosas promesas que

el Señor tiene para sus hijos, Pablo les dice: *Y el Dios de paz os santifique (5:23a).*

La santificación es un proceso que Dios hace posible, por medio del cual, vamos abandonando todo aquello que ofende al Señor y que, bíblicamente, se considera pecado. Se trata de un proceso que abarca todas las áreas del ser humano: espíritu y alma y cuerpo.

El hecho de que sean una iglesia evangelizadora, amorosa y conocedora de la doctrina y profecía, no es suficiente. Debe apartarse de todo pecado. Ante Dios, la santidad no es una opción, sino requisito indispensable de todo creyente, para estar en su presencia y tener comunión con Él.

Existe una anécdota sobre el Dr. D. L. Moody, respecto al avivamiento logrado en su ministerio debido a su consagración, y fue, cuando escucho decir a Enrique Varley: –«El mundo todavía no ha visto lo que Dios hará con, para y por el hombre que se entregue enteramente a Él»- Moody se dijo a sí mismo: –«El no dijo ‘por un gran hombre’, ni ‘por un sabio’, ni ‘por un rico’ ni ‘por un elocuente’, ni ‘por un inteligente’, sino simplemente ‘por un hombre’. Yo soy un hombre y cabe al hombre solamente resolver si desea o no consagrarse de esa manera. Estoy resuelto a hacer todo lo posible para ser ese hombre-..»¹

Conclusión: El autor del tratado a los Hebreos, nos desafía y advierte diciendo: *Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12:14).*

Referencia

¹ Diarios de Avivamiento. Biografía de Dwight Lyman Moody 1837-1899.

Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo (1 Pedro 1:14-16)

SANTIDAD EN COMUNIDAD

Según la revelación bíblica, la santidad es:

- (a) Una cualidad fundamental de Dios y de Su Espíritu;
- (b) Una virtud indispensable de todo verdadero creyente; y
- (c) Un atributo de ciertos lugares, objetos, días, fechas, acciones, etc.¹

En la antigüedad, Dios dejó establecida su santidad como un rasgo distintivo y exclusivo de Él. Sólo Él es santo. También, como base de su llamado a su pueblo: *seréis, pues, santos, porque yo soy santo* (Levítico 11:45b). De hecho, esa santidad en el sentido de «apartar», «consagrar», o «dedicar», era también aplicada a los objetos y lugares dedicados al servicio a Dios. Ahora bien, para los cristianos, como se ha mencionado al principio, la santidad es también una condición indispensable de todo verdadero creyente (1 Pedro 1:15).

Aquí es importante mencionar que: «Nuestra santidad está estrechamente relacionada con la de Dios. *Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos* (Levítico 20:26). Si este pasaje menciona la separación, también todo el capítulo habla de pureza de conducta»².

El apóstol Pedro, en su primera carta, escribe acerca de la nueva vida del que ha creído en Jesús. Este creyente ha sido elegido según el previo conocimiento de Dios (1 Pedro 1:2a) y esta elección tiene un propósito: la obediencia (1 Pedro 1:2b). Al haber sido rociado con la sangre de Cristo, el creyente ha sido regenerado por completo. No es que Cristo modere o mejore nuestra antigua naturaleza, no. Más bien, nos entrega una nueva naturaleza, nos hace nacer de nuevo (Juan 3). El creyente ha renacido por la misericordia del Señor (1 Pedro 1:3); esto es, ha sido hecho partícipe de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4).

Ahora, conforme al Evangelio, todas las promesas contenidas en la Escritura le pertenecen al creyente por la obra activa del Espíritu Santo (2 Corintios 7:1). Efectivamente, «La santificación es la obra del Espíritu Santo en nosotros, para purificarnos, separarnos del mal y hacernos conforme a la imagen de Cristo y aceptos a Dios»³.

Santidad en comunidad

La santidad es, por supuesto, de índole personal, pero no exclusiva de esta condición. La vida renovada en Cristo debe manifestarse en la relación con los demás como expresión de la santidad y específicamente, entre aquellos que nos han sido dados como hermanos por Jesucristo. La santidad tiene una dimensión comunitaria, también. Por un lado, la Escritura se refiere al creyente como el cuidador y procurador de su caminar en santidad (2 Corintios 7; Efesios 4:24; Hebreos 12:14); y por el otro, también se hace un llamado a vivir en santidad como comunidad. Y es en este sentido que voy a referirme ahora basado en la siguiente escritura:

Hebreos 10:24-25, dice: *Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.*

A través de 4 aspectos importantes mencionados en este pasaje, es como el cristiano puede ayudar a su hermano a vivir en santidad a nivel comunitario. Como dice William Barclay en su comentario a la Carta a los Hebreos: «El autor de Hebreos llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica»⁴.

1. Considerándonos (v. 24a)

Considerar, es entender plenamente, estrechamente. Considerarnos reflexivamente los unos a los otros para animarnos al amor y a las buenas obras.

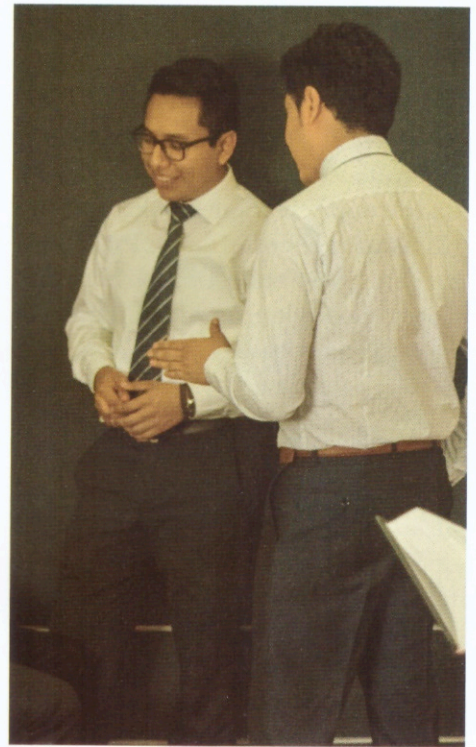
La Nueva Traducción Viviente, dice: *Pensemos en maneras de motivarnos unos a otros...*, en tanto, la Nueva Versión Internacional, traduce: *Preocupémonos los unos por los otros (...)*. Queda claro en el pasaje, que la intención de considerarnos

La vida renovada en Cristo debe manifestarse en la relación con los demás como expresión de la santidad y específicamente, entre aquellos que nos han sido dados como hermanos por Jesucristo.

es pensar el uno en el otro y, preocuparse el uno por el otro. Poner atención, tener respeto y cuidado en el otro.

A veces sucede que los congregantes van y vienen y nunca se sintieron considerados, es decir, nunca se les dio la debida atención. ¡Qué falta de respeto! ¡Qué falta de consideración! A otros tampoco los consideramos, porque nunca nos aprendimos su nombre ¡Qué tristeza! Recuerdo que en una reunión de líderes, un hermano contaba su testimonio, muy lamentable por cierto, de cómo fue su primer contacto con la Iglesia de Dios. Él relataba que estando él en el templo, nadie se dio por enterado de su presencia, nadie lo saludó, nadie le dio la bienvenida, en una palabra: nadie se interesó por él. Esto provocó que él se preguntara: «¿En verdad es ésta la Iglesia de Dios?». Triste en verdad.

Uno muestra genuina preocupación por otro, cuando le llama por teléfono, le manda mensajes para saber cómo está, lo visita cuando está enfermo, lo ayuda cuando tiene dificultades, lo orienta cuando está confundido, en suma, cuando lo tiene en cuenta. Es necesario comprender que la vida cristiana no se vive en soledad, eso es anti-bíblico. La vida cristiana es comunitaria: *Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones* (Hechos 2:42). Formamos parte de un cuerpo, esto significa que todos somos miembros los unos de



los otros. Somos igualmente valiosos, igualmente importantes (Romanos 12:5; 1 Corintios 12:25).

2. Estimulándonos (v. 24b)

Estimular viene del griego «*paroxysmón*» y denota estímulo y según el diccionario de la Real Academia Española, el término castellano que se le puede comparar es *paroxismo* que significa: exaltación extrema de los afectos y pasiones. Aquí, en Hebreos 10:24 donde dice «estimularnos al amor»; literalmente podría decirse «para estímulo del amor».

Un estímulo es un agente físico, químico o mecánico, que desencadena una reacción funcional en un organismo. Es también un incitamiento para obrar o funcionar.

Actualmente hay una creencia que ha tomado mucho auge en la población, se llama «estimulación temprana» y tiene que ver con los niños. Cuando éstos son muy pequeños se les estimula con caricias, masajes, movimientos que, con mucho amor y constancia, producen

un efecto muy positivo en los niños, logrando con ello potenciar sus capacidades físicas, mentales y motrices. De la misma manera en que se estimula a un bebé, debemos estimularnos unos a otros para que el amor se manifieste en todas nuestras acciones. ¿Cómo? A través de un abrazo, de una palabra de aliento, de una invitación a compartir el pan. También, puede ser a través de la oración, del estudio de la Palabra, de las sesiones de consejería, a través de pasar tiempo juntos, entre otras formas. Tomemos ejemplo de la iglesia primitiva: *Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón* (Hechos 2:46).



Cada cristiano es llamado al compromiso apasionado con una iglesia local específica.

3. Congregádonos (v.25a)

¿Qué tan importante es asistir al templo a las reuniones cúllicas? He escuchado a algunos que dicen: «Yo puedo adorar a Dios en cualquier lugar». Esto es, en parte cierto, pero no del todo. Es verdad que a Dios lo podemos –y debemos– adorar en todo lugar y en todo tiempo. Sin embargo, la Biblia aclara que el día de reunión del cuerpo de Cristo es un día muy especial, el sólo hecho de pensar en asistir al templo debe producir en nosotros una alegría indescriptible:

El libro de los Salmos 122:1, dice: *Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos.*

Salmo 84:10, dice: *Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad.*

El escritor de los Salmos mencionados anhelaba salir pronto del mundo y encontrarse con Dios en sus moradas, su santo templo. Podemos encontrarnos con Dios en cualquier parte y en cualquier momento, pero sabemos que

asistir al lugar donde se congrega la iglesia (los santos) nos ayuda a alejarnos del bullicio de la vida, pues entramos donde podemos meditar y orar con tranquilidad. Encontramos gozo, no en el hermoso edificio, sino en la oración, el canto, la enseñanza, la predicación y la comunión fraterna, al tiempo que damos testimonio de nuestra fidelidad y obediencia a Dios.

Como dice Joshua Harris: «Cada cristiano es llamado al compromiso apasionado con una iglesia local específica. ¿Por qué? Porque la Iglesia local es la clave para el crecimiento y la salud espiritual del cristiano»⁵.

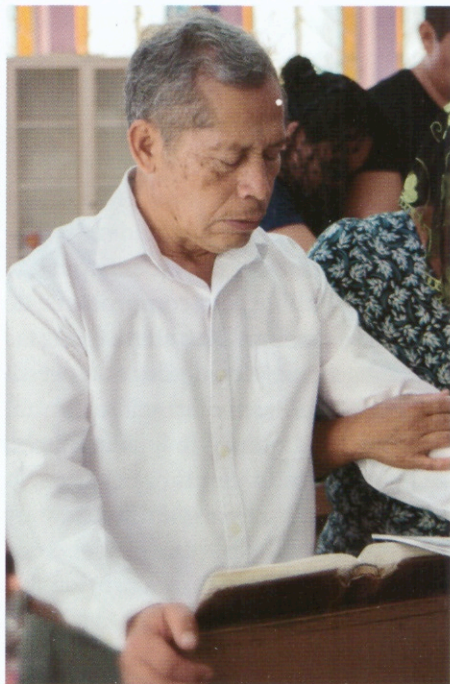


El día de reposo y todos los días de reunión en el templo son los días que el Señor ha hecho para alegrarnos y regocijarnos. Especialmente el día de reposo es un día de fiesta (Salmo 118:24). Cito a Barclay: «El que crea que puede [vivir la vida cristiana si descuida la comunión de la iglesia], debe recordar que no se va a la iglesia sólo para recibir, sino también para dar. Si cree que la iglesia tiene faltas, su deber sería ir a ayudar a superarlas»⁶.

4. Exhortándonos (v. 25b)

Exhortar es llamar, rogar, amonestar, apremiar a alguien para que siga un curso de conducta; siempre con anticipación, mirando al futuro, en contraste con el significado de consolar, que es retrospectivo, y que tiene que ver con pruebas ya experimentadas.

El amor bíblico se caracteriza por la honestidad. No se puede ser honesto con alguien a menos que exista amor. Amar y mentir es una contradicción. El que ama es honesto (1 Juan 3:18). Incluso, podemos afirmar, que el amor es genuino en la medida en que hay sinceridad de manera visible:



Proverbios 27:5-6, afirma: *Mejor es reprensión manifiesta que amor oculto. Fieles son las heridas del que ama; pero importunos los besos del que aborrece.*

La exhortación entendida como confrontación nos habla de la integridad de quien confronta y nos habla de la humildad de quien es confrontado (Proverbios 15:31-33). Para esto, por supuesto que

es imprescindible que el que exhorta sea ejemplo de vida (Filipenses 3:17; 1 Timoteo 4:12; Tito 2:7; 1 Pedro 5:3).

Hablando de los pastores en particular, esta misma Carta a los Hebreos nos llama a considerar lo siguiente en la vida de los líderes: *Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe* (Hebreos 13:7).



Exhortar es, también, llamar a alguien a dejar de hacer algo en contra de la voluntad de Dios. A cambiar el rumbo de su vida, pero para esto es menester tener un conocimiento y entendimiento de la Palabra y del Evangelio (Hechos 20:31; Romanos 15:14). El amor de unos por otros en Cristo debe hacerse evidente en obras de amor y en la unidad en Su nombre, especialmente cuando su retorno glorioso está cada vez más cerca. ¡Aleluya!

Conclusión

Algunos hermanos han descuidado su vida de fe sin dar ni recibir consideración,

aliento, estímulo. Incluso han dejado de congregarse por miedo al qué dirán, o por causa del trabajo (el trabajo los ha absorbido). Otros por motivos de escuela (no tienen claras las prioridades), o por enfermedad. Algunos más, porque se han desanimado, y hay quienes, cabe decirlo con mucho dolor, por causa del pecado. No obstante, cualquiera que sea la razón, nuestro deber como cristianos es invitar a todos ellos a participar de la

comunión mediante la consideración, el estímulo y la exhortación al amor y a las buenas obras, y motivarlos a participar de todos los cultos congregacionales que son verdaderas fiestas espirituales. Al mismo tiempo, debemos insistir en que la santidad va más allá de las paredes del templo, trascendiendo el tiempo y manifestándose en todo momento y lugar.

Referencias

- ¹ Diccionario Bíblico Caribe
- ² Ibid.
- ³ Ibid.
- ⁴ Willam Barclay, Comentario al Nuevo Testamento --Tomo 13- Carta a los Hebreos.
- ⁵ Joshua Harris. "Deje de coquetear con la Iglesia". Editorial Unilit. 2006
- ⁶ Willam Barclay, Comentario al Nuevo Testamento --Tomo 13- Carta a los Hebreos.

NO HACER EL BIEN ES YA «HACER EL MAL» POR UNA SANTIDAD DE LA ACCIÓN

Jesús se enfrentó con un judaísmo, en sus diversas facetas, que tenía su eje central en la espiritualidad de lo que podemos llamar «la ley de la santidad» (Levítico capítulos 17 al 26). Toda su religiosidad estaba enfocada en lograr ser un pueblo santo, apartado del pecado y ello significaba, en su comprensión, abstenerse de ciertas actividades explicitadas en los mandamientos, como: evitar tocar determinadas cosas y personas, guardar y cumplir los rituales y reglas que dictaban los rabinos. Claro está que su base eran ciertos textos bíblicos que hablaban en ese sentido. Por lo que, apoyados en la ley, habían creado lineamientos sobre lo que se podía o no hacer, pero también en cómo tratar a determinadas personas.

Cuando Jesús resumió toda la ley en el primer y más grande de los mandamientos, el amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo (Mateo 22:36-40), le dio un giro interpretativo a toda la comprensión que tenían acerca de la revelación dada en La Ley.

El amor a Dios, a partir de entonces, no se demostraría en ritos de purificación, tales como, lavándose varias veces las manos antes de comer, exterminando a algún pueblo en su nombre

o evitando todo contacto y relación con los indeseables, como los leprosos y los eunucos. Ahora se debía actuar, precisamente, de forma contraria. Se trataba de amar al enemigo, acoger al leproso y agradecer por los alimentos y por todo don recibido por la gracia de Dios.

Y es que este mandamiento dividido en dos partes es el centro, la clave de toda la vida cristiana, así también lo concibe el apóstol Pablo cuando expresó: *Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor* (Romanos 13:9-10, RV60).

Jesús sabía que el ser humano es experto en buscar excusas para no hacer lo que debe; en negar lo evidente (Mateo 19:16-22), y así, es que dispuso la manera infalible para comprobar si de verdad se amaba a Dios sobre todas las cosas: hacerlo con cualquier otra persona (el prójimo), sin distinción alguna.

Es verdad que en la iglesia mucho se ha enfatizado, por largo tiempo, lo que no deben hacer los cristianos y muy poco sobre aquello que «sí» debemos hacer. Se ha concebido una santidad de la segregación más que una santidad integral de la acción.

En algunas enseñanzas resuenan con marcado énfasis frases como: «No hagas esto, no vayas a este lugar, no te juntes con tales personas, es pecado hacer esto y aquello». Estas prohibi-

ciones e instrucciones han tenido su apoyo y sustento en una comprensión común a la del judaísmo de tiempos de Jesús sustentada en la misma «ley de santidad». Evitar el pecado para ser un pueblo santo. Esto no es del todo ajeno a la comprensión del Nuevo Testamento pero no es suficiente (1 Pedro 1:14, RV60). Hay personas que creen que son santas porque no fuman, no toman alcohol, no acuden a fiestas seculares, no comen cerdo y parece que eso está bien y que, con eso, cumplen siendo buenos cristianos. Sin embargo, son intolerantes, soberbios, vanidosos, envidiosos, chismosos, pendenciosos, inmisericordes e hipócritas; han hecho un cambio aparente por fuera, pero no en lo profundo de su ser (Mateo 23:27).

Si hacemos una lista de los pecados, de las cosas malas que no debemos hacer, seguramente para todos la lista

sería larga. Pero, si hacemos una lista de las acciones que «sí» deberíamos hacer y «no hacemos», apenas recordaríamos unas cuantas. Vale la pena preguntarnos ¿cuál es la enseñanza de Jesús? ¿qué haría Jesús en nuestro entorno cotidiano?

Estoy convencido de que hacer la obra de Cristo contribuye enormemente a dar testimonio de nuestra santificación. Cuando empiezo a hacer lo que hizo Jesús, tengo mucho menos tiempo para hacer aquellas cosas que no debería hacer y que Jesús nunca hizo. Cuando empiezo a quedarme estático, cuando mi actitud es pasiva, es fácil que la tentación me encuentre disponible.

Es fácil decir en palabras que Dios es lo más importante para mí, pero se complica cuando el respeto, el cuidado y el amor debe ser practicado para con el otro. El énfasis que Jesús da


al mandamiento, demuestra que él no continuó con la anterior línea de santidad, colocó una ley por encima de cualquier otra, la del amor activo, que da evidencias, que se manifiesta en acciones concretas. Él mostró una santidad que se refleja en las palabras y en la práctica de la fe; la evidencia, la encontramos en la narración de los evangelios (Mateo 4:23).

Desde los inicios de la práctica pública de Jesús en Galilea, el evangelio de Marcos ubica a Jesús en conflicto en un lugar religioso, en un día religioso, y con las autoridades religiosas: «¿qué está permitido hacer en sábado? ¿hacer el bien o el mal? ¿salvar la vida o dar muerte?» (Marcos 3:1-6). Este conflicto de Jesús es fruto de mantenerse en la línea del anuncio que hizo, que la Buena Noticia se acercó a la humanidad (Marcos 1,14). Por tanto, el reino de Dios tiene un solo camino: el cuidado de la vida, la defensa de la vida, la liberación de todo lo que oprime y esclaviza, el encontrar el amor en la vida.

En algunas tradiciones cristianas, el mal ha sido caracterizado como una fuerza oculta, misteriosa, perversa y, sobre todo, extraña a nuestra voluntad humana. El mal ocurre fuera de nuestra voluntad; está lejos y es incontrolable.

Pero lo cierto es que las enseñanzas de Jesús hablan con especial énfasis del mal, pero no como fuerza ajena, sino como una opción personal que atañe a la voluntad humana para actuar a favor de la vida o en contra de ella. Es el mal que se hace como fruto de nuestra sed de poder o del desequilibrio de nuestro egoísmo. No es el mal que ocurre más allá de nosotros. Por eso, Jesús les preguntó a los fariseos que lo criticaban por hacer el bien en el día de reposo: ¿está permitido en sábado hacer el bien o hacer el mal? ¿salvar una vida o dejarla perder?





El camino de la santidad lo construimos cada día, en cada instante, en cada gesto, en cada acto, con todo nuestro ser. Es un proceso que no acaba nunca, pero el que sea mejor o más lento depende de nosotros, de nuestra responsabilidad.

En la Epístola de Santiago se nos dice que «El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, le es contado como pecado» (Santiago 4:17), es decir, que aquél que sabe, conoce y entiende el bien que debe hacer y no lo practica, hace el mal.

En la misma línea de Jesús, Santiago pone en el centro de atención la importancia de hacer el bien como opción y criterio del Reino. El contexto de este verso se da en la persistente lucha con la lengua (forma de hablar) en la primera comunidad cristiana, ya que Santiago percibe que se puede hablar piadosamente, actuando con cinismo. Es decir, se puede tener el conocimiento y discurso correcto, con una *praxis* que lo contradiga. Por lo que exhorta «*quien sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado*», porque ha optado libremente, con conocimiento de causa, no hacer el bien.

Es interesante y desafiante leer la Epístola de Santiago, no solo como una crítica a las falsas seguridades y prácticas injustas subsistentes dentro de la comunidad, sino también como una propuesta para modificar la manera como en realidad nos comportamos en relación con los demás, incluidas nuestras formas de hablar.

¿Hacer el bien o hacer el mal? esté es el dilema al que se nos llama a res-

ponder siguiendo el ejemplo de Jesús y acatando los valores de su Reino.

Jesús ruega al Padre, no para que nos quite del mundo, sino para que nos guarde del mal (Juan 17:15). Y ese mal se expresa en múltiples formas: en narcisismo individualista, en estructuras de dominación, en destrucción del planeta, en desprecio por el otro, en idolatría, en ambiciones desmedidas. ¡Son tantas las expresiones del mal!

Junto a la posibilidad de hacer lo malo, reposa la posibilidad de hacer el bien. *Elegid la vida y viviréis...* (Deuteronomio 30:19).

Según las enseñanzas de Jesús, la santidad tiene más que ver con lo que hacemos que con lo que no hacemos. Los evangelios nos cuentan más de lo que Jesús «sí» hizo, que de lo que dejó de hacer y por eso ser santos como él es santo, tiene que ver con hacer lo que en nuestro lugar hubiera hecho Jesús.

Vivir como Jesús vivió, significa desarrollar un estilo de vida en el cual podemos honrar a Dios y practicar una santidad de acción. No se trata de enfocarnos tanto en lo que no podemos hacer; sino en la vida desafiante en la que podemos embarcarnos mientras amamos a Dios y al prójimo. La santidad no tiene nada que ver con lo

funesto, sombrío, apático e inerte. La santidad produce frutos del espíritu y uno de ellos es el gozo. La santidad se encarna en la cotidianidad de la vida.

Tengamos presente que la vida de santidad es personal, pero no individualista. Pues, se expresa en amar tanto como podamos y estando en comunión, porque nadie puede hacer un camino de santidad sino es intercambiando apoyo, aprendizaje, fuerzas, ayuda desde y hacia el otro. Desde esta perspectiva: la santidad es emocionante.

El camino de la santidad lo construimos cada día, en cada instante, en cada gesto, en cada acto, con todo nuestro ser. Es un proceso que no acaba nunca, pero el que sea mejor o más lento depende de nosotros, de nuestra responsabilidad.

Sí, asumamos la responsabilidad de alejarnos de aquellas situaciones que ofenden al Señor. Pero también, la responsabilidad de no ofenderlo al no hacer lo que nos pide que hagamos. Jesús nos enseña que el hombre no está nunca tan cerca de la santidad de Dios como cuando ama a su prójimo y hace el bien.

Bibliografía

- Castillo J.M y Estrada J.A. (1987). El proyecto de Jesús. Salamanca: Verdad e Imagen.

EL SANTO TEMPLO DE DIOS

No cabe duda que los templos son importantes en la vida litúrgica de nuestra iglesia, después de todo, es el lugar donde nos congregamos para cantar a Dios, para edificarnos con su palabra, para servir a nuestros hermanos, para experimentar la comunión y para elevarle nuestras oraciones.

Y no solamente para nuestra iglesia, sino para la mayoría de las religiones del mundo, los templos son sitios sin los cuales las mismas no se pueden concebir. Es difícil hablar del Islam y no pensar en la Kaaba en la Meca; del catolicismo romano y no referirse al Vaticano, o del judaísmo y no pensar en sus templos antiguos, como el de Salomón o el templo de Herodes. De hecho, Alfred Edersheim en su libro titulado «El Templo» cita una de las imágenes más impresionantes del templo construido por Herodes: «El dorado santuario debe haber sido claramente visible desde todos lados ya que el sol hacía brillar las láminas de oro en sus tejados y hacía titilar sus pavimentos de mármol teselado, mientras el humo de los sacrificios se levantaba lentamente en espiral contra el azul del cielo oriental acompañados de la música de los levitas».

¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? (1 Corintios 3:16).

¿Qué representaba exactamente el templo para el pueblo de Israel? ¿Qué representan los templos para nosotros en la actualidad? ¿Cómo se relacionaba Dios con el pueblo de Israel en el templo? ¿Cómo se relaciona con su iglesia? Para responder a todas estas preguntas es necesario que nos remontemos aproximadamente tres mil quinientos años atrás y analicemos la evidencia bíblica.

El Tabernáculo

Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis (Éxodo 25:8-9).

El tabernáculo que Dios mandó construir a Moisés era la morada temporal de Dios. En una parte de éste, conocida como Lugar Santísimo, se encontraba el arca del pacto. Era en ella, en medio de los querubines, donde Dios se encontraba con Moisés (Éxodo 25:22). El mismo tabernáculo era el espacio donde la gloria de Dios se manifestaba de manera especial en medio de una nube (Éxodo 40:34; 33:11; Números 9:15; 12:5; 31:15). Por eso, simbolizaba esencialmente la presencia

Debido a que la gloria de Dios se manifestaba en el tabernáculo, éste era considerado un lugar santo, apartado para Dios.

de Dios en medio del pueblo. De hecho, cuando Israel adoró el becerro de oro y despertó así la ira de Dios, Moisés sacó el tabernáculo del campamento (Éxodo 33:7), simbolizando así el alejamiento de Dios. Cuando se reanudó la marcha del pueblo nuevamente consagrado a Dios, el tabernáculo se instaló otra vez en medio del campamento, tal cual lo había establecido en su pacto.

Debido a que la gloria de Dios se manifestaba en el tabernáculo, éste era considerado un lugar santo, apartado para Dios. Solo el sumo sacerdote tenía acceso una vez al año al lugar más santo del tabernáculo, es decir, al Lugar Santísimo (Hebreos 9:7). La tradición nos dice que cuando entraba en este lugar lo hacía con una cuerda atada en el tobillo para que, si moría en la presencia de Dios, lo sacaran por medio de la cuerda y nadie tuviese que entrar por él.

Para el pueblo de Israel tener el tabernáculo era tener la presencia del mismo Dios.

El Templo

Entonces Salomón oró: Oh Señor, tú dijiste que habitarías en una densa nube de oscuridad. Ahora te he construido un templo glorioso, ¡un lugar donde podrás habitar para siempre! (2 Crónicas 6:1-2, NTV).

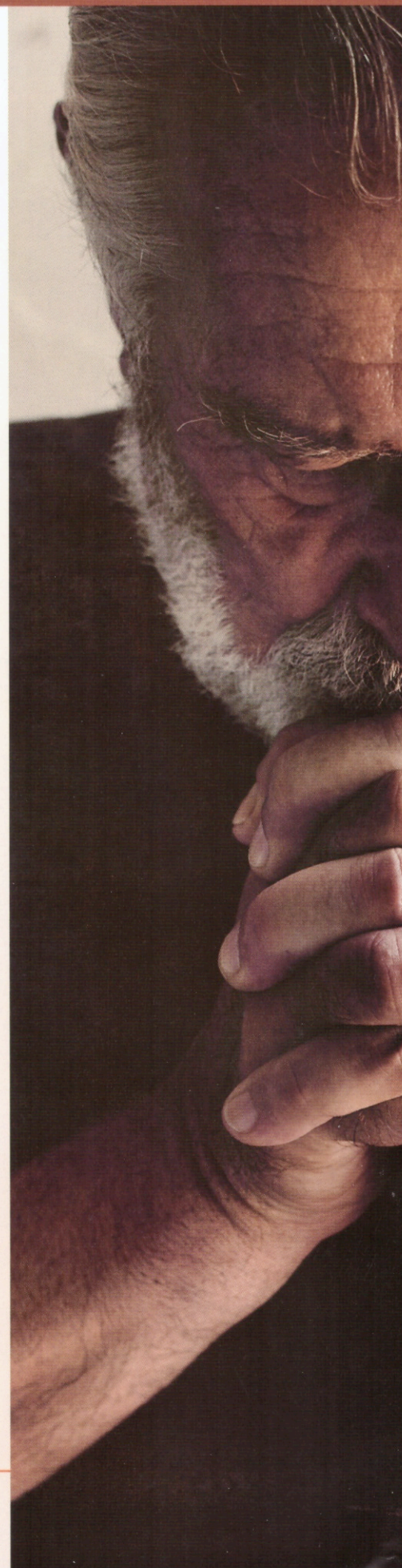
Cuando el rey David conquista la ciudad de Jerusalén y recupera el arca del pacto capturada por los filisteos, la trae triunfalmente a la ciudad. De esta manera Jerusalén queda consagrada

como ciudad santa de Israel y allí, en ese mismo lugar, decide edificar un templo. Salomón construye el templo durante su reinado (1 Reyes 6:1) y lo dedica a Dios (1 Reyes 8:12-66). La entrada del arca en el templo y la nube que lo llena (1 Reyes 8:10), manifestación sensible de Dios, simboliza que Dios toma posesión de su morada en el templo. Esto era de gran importancia para el pueblo de Israel, ya que la perdurabilidad del templo está asociada con la estabilidad prometida a la dinastía davídica, es decir, ahora que tenían un templo estable e inamovible, Dios estaría de manera permanente en medio de ellos. El templo fue así, considerado santo, pues al igual que en el tabernáculo, la presencia de Dios se manifestaba allí. Es así como el templo fue considerado uno de los elementos centrales de su fe. Por eso, durante el exilio babilónico, al ser éste destruido, Israel interpreta que Dios los ha desechado y, al regresar, después de setenta años de cautiverio, sus primeros esfuerzos se ven enfocados en la restauración del templo, pues esto simbolizaba tener de nuevo la presencia de Dios con ellos. Es así como se construyó de nuevo el templo en Jerusalén; primero el templo de Zorobabel y posteriormente el templo de Herodes.

Emanuel: Dios con nosotros

He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es Dios con nosotros (Mateo 1:23).

Cuando el reino de Dios irrumpe en la humanidad con la presencia de Jesús en la tierra, toda esta concepción de la sacralidad del templo iba a cambiar de manera definitiva. En el momento en que Jesús tiene su encuentro con





la mujer Samaritana, cerca del pozo de Jacob en el monte Gerizím, una de las preguntas que la mujer le hace es acerca del lugar adecuado para adorar a Dios (Juan 4:19-20). Esta pregunta no era inocente pues reflejaba una añeja disputa. Los samaritanos sostenían que el monte Gerizím era el lugar donde se debía adorar a Dios; después de todo Abraham y Jacob habían construido altares en sus cercanías y las bendiciones del pacto se habían pronunciado desde aquel monte. Los judíos decían que en Jerusalén se debía adorar. El lugar de adoración era importante ya que, como hemos visto, en su concepción el templo representaba la presencia misma de Dios, pero también la competencia entre los dos lugares de adoración era importante para la rivalidad entre judíos y samaritanos, porque demostraba de qué lado estaba Dios en su disputa.

La mujer samaritana quería saber ¿cuál era el lugar en el que se debía adorar? Sin embargo, la respuesta de Jesús es sorprendente, le resta centralidad al templo y, consecuentemente, le resta importancia al lugar en que se dé la adoración.

Créeme, querida mujer, que se acerca el tiempo en que no tendrá importancia si se adora al Padre en este monte o en Jerusalén (Juan 4:21, NTV). Además, Jesús prioriza el carácter de la adoración: *Pero se acerca el tiempo –de hecho, ya ha llegado– cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera* (Juan 4:23, NTV). Lo que Jesús estaba haciendo era eliminar la condición del lugar, por más venerable e importante que éste fuera, y establecía cuál era el nuevo modo de adorar, con la presencia del Espíritu y con la convicción de creer en lo que Jesús ha anunciado.

**Con Jesús, Dios bajó
y se humanizó para
estar con nosotros,
Jesús es Emanuel,
Dios con nosotros.**

En la nueva era (*eón*) anunciada por Jesús, la adoración a Dios sería independiente de todo vínculo constructivo con un santuario en el pasado. El templo ya no iba ser el único lugar donde estaría la presencia de Dios, porque de hecho sería destruido (Marcos 13:1-2). Pero ¿por qué Jesús dijo eso? ¿Por qué ya no sería importante el lugar de adoración? ¿Por qué restaba importancia y centralidad al templo en ese sentido, si allí se manifestaba la presencia de Dios? ¿Por qué restaba importancia al templo si era parte importante de la fe de Israel?

En el primer capítulo del evangelio de Juan, encontramos importantes declaraciones acerca de Jesús: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Ya aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)*, lleno de gracia y de verdad (Juan 1:1, 14). Juan está afirmando dos cosas en estos versículos: la primera es la divinidad de Jesús, Jesús es Dios; la segunda es que Jesús es Dios encarnándose, es decir, haciéndose humano; es el Dios todo poderoso, haciéndose vulnerablemente humano. Con Jesús, Dios bajó y se humanizó para estar con nosotros, Jesús es Emanuel, Dios con nosotros, con toda su plenitud (Colosenses 2:9). Así que, en el templo se manifestaba de manera particular la presencia de Dios, pero Jesús es Dios por completo (Colosenses 1:19). Ya no se necesita un lugar específico para que Dios se manifieste en exclusiva

Dios ahora habita en su iglesia y se manifiesta en su iglesia (los creyentes) en todo momento, independiente del lugar donde se encuentre.

(templo), porque ahora Dios está con nosotros en Jesús. Cristo constituye el «lugar» verdadero del culto, en el nuevo templo espiritual que es la iglesia. Por eso Jesús puede afirmar sin ambages: *Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí* (Mateo 12:6, RV60)

Entonces ¿Ya no necesitamos un templo para que Dios se manifieste? ¿El templo ha perdido su condición de santidad? ¿Cuál es el papel del templo en la vida cúllica de la iglesia?

Nosotros somos el templo de Dios

¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? (1 Corintios 3:16, NVI).

Cuando Jesús estaba en el aposento alto, sabía que su tiempo era corto, pronto tendría que irse. En la cena, justo antes de ser arrestado, torturado y sacrificado, les dio a sus discípulos las últimas enseñanzas; son las últi-

mas lecciones que les daría estando aquí encarnado; pronto se marcharía y no lo podrían seguir. Sus discípulos se preocuparon: ¿qué sería de ellos? ¿qué harían? Entonces Él les declaró: *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre* (Juan 14:16). El Espíritu Santo, el Consolador, estaría con todos los discípulos de Jesús, no los dejaría huérfanos ni los abandonaría, a través de su Espíritu los acompañaría siempre (Juan 14:18).

El Espíritu Santo que mora en nosotros, es más que el poder de Dios actuando, es la presencia del mismo Dios en nosotros, es Dios acompañándonos como Padre y como Hijo: *Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él* (Juan 14:23, RV60). Es lo divino en lo mortal, es lo infinito en lo finito, es lo perfecto en lo imperfecto. A través del Espíritu Santo experimentamos de manera vivificante la presencia de Dios. Ahora por su Espíritu, Dios habita en nosotros. Esto nos convierte en el templo de Dios y eso nos confiere santidad.

Los templos (el edificio) donde nos congregamos para adorar a Dios, para orar, servir y escuchar su Palabra, tienen un valor porque son los lugares donde nos vinculamos como comuni-

dad, donde nos mostramos el amor y el servicio mutuos; pero no son santos en sí mismos, porque Dios no habita en ellos exclusivamente, ni se manifiesta su presencia en ellos como en el Antiguo Testamento, así lo testifica el apóstol Pablo cuando afirmó: *El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas* (Hechos 17:24-25, RV60). Todo aquello eran sombras, eran imágenes incompletas de lo que había de venir, es decir, Cristo.

Dios ahora habita en su iglesia y se manifiesta en su iglesia (los creyentes) en todo momento, independiente del lugar donde se encuentre. Somos nosotros los que debemos ser santos, somos nosotros donde Dios se manifiesta para amar y servir a los demás. Somos nosotros «El Santo Templo de Dios». Quitémonos la mentalidad de lo ritual (Mateo 12:7), que nos limita en la plenitud de la comprensión del acontecimiento Cristo, trascendamos hacia lo moral, a la donación de la vida (Romanos 12:1), a lo que cambia y transforma nuestra existencia, nuestro Señor Cristo Jesús.

Bibliografía

- Edersheim, Alfred, El templo su ministerio y servicios en tiempos de Jesucristo, Editorial portavoz, 1997.

Ahora por su Espíritu, Dios habita en nosotros. Esto nos convierte en el templo de Dios y eso nos confiere santidad.





XXXI SESIÓN DE INVIERNO «MÁS YO OS DIGO»

DOCTRINAS DISTINTIVAS DE LA ID7

- » Los temas doctrinales que abordaremos, han dado identidad a nuestra iglesia en estos casi cien años.
- » **Temas:** El Sábado, La Divinidad de Cristo, El Espíritu Santo, La Ley de la Alimentación y la Santidad, Diezmos, Ofrendas y Primicias, Salvación por Gracia
- » Los cultos de apertura, devocionales y clausura enmarcaran el **INICIO DE LOS FESTEJOS DEL CENTENARIO DE LA IGLESIA DE DIOS 7º DÍA A.R.**
- » **Dirigido a:** Ministros, Sobreveedores, Pastores, Obreros Iniciados, líderes de Sociedades y Departamentos e iglesia en general.

Certificación Pastoral y Ministerial: 35 créditos.

Fecha límite de inscripción:
19 de octubre de 2018.
Cupo limitado a 700 personas.
Entrada libre al culto de clausura.

**23 AL 29 DE
DICIEMBRE 2018**
CUERNAVACA, MOR.

MAYORES INFORMES: Tel. 01 (777) 102 01 34
www.iglesia7d.org.mx/sem
sem@iglesia7d.org.mx



Seminario de Entrenamiento Ministerial

PROCESO DE ADMISIÓN 2018

» INSCRIPCIONES
ABIERTAS

» Sembrando Amor,
Cosechando Vida

NUEVO CICLO ESCOLAR

Obrero iniciado:
Birzavit Bautista Bautista
Estudiante 9°. Tetrimestre SEM

MAYORES INFORMES: Tel. 01 (777) 102 01 34
www.iglesia7d.org.mx/sem
sem@iglesia7d.org.mx